

La positiva transferencia negativa

Alicia Alonso

*Trabajo leído en las Jornadas de Salud Mental,
organizadas por el Servicio de Psicopatología del Hospital Álvarez,
Auspiciadas por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires*

Algunos conceptos y comentarios de este trabajo –que se inserta en una investigación y elaboración acerca de una serie de temas clave en la experiencia analítica– fueron presentados en el año 2001, en el marco de una de las actividades públicas, en este caso, una mesa convocada a partir del tema, organizada por **Atención Analítica**. **Atención Analítica** es una instancia organizada por tres Fundaciones: Descartes, Infancias y Puertas Abiertas, está formada por una lista de practicantes del psicoanálisis que hemos evaluado y evaluamos regularmente nuestra práctica.

Voy a desarrollar el tema tomando como una de sus referencias el *Seminario sobre Política de la transferencia* dirigido por Jacques-Alain Miller, en el año 1998¹. La transferencia negativa, comenta Jacques-Alain Miller en su introducción, no es un tema del que solemos ocuparnos, sin embargo, si bien parece un concepto antiguo –y, agrega: hasta un poco caduco–, “ofrece la particularidad de referirse a fenómenos que los practicantes del psicoanálisis y los analizantes conocen”. Jacques Lacan hizo un uso escaso, muy preciso de este término, centralmente en los primeros tiempos de su enseñanza, alrededor de los años 50, a partir del peso que tuvo en la teoría analítica la transferencia negativa en oposición a la positiva. Así pues, en la experiencia analítica, la transferencia negativa aparece ligada a fenómenos de amor y odio, afectos, sentimientos que parecen superficiales. Si consideramos la definición que da Lacan de la transferencia freudiana, a partir del sujeto supuesto saber, la significación de saber que se produce en el análisis –señala Miller– como relación epistémica, estructurante, es lo que ubica la transferencia, el resto aparece en la afectividad como fenómenos transferenciales. “Este mecanismo ¿es libidinal o epistémico? La posición de Lacan al respecto es que lo libidinal está afectado por el saber”². Para Lacan –continúa con su comentario– lo positivo de la transferencia se limita a *mirar con buenos ojos*, en cuanto a la transferencia negativa, ésta se reduce a *no sacar el ojo de encima*, estar atento, vigilar, poner a prueba, sospechar. Justamente, es a partir de la sospecha, subraya Miller, que podremos captar

¹ Este Seminario, organizado por la Escuela del Campo Freudiano de Barcelona y por la Sección de Madrid de la Escuela Europea de Psicoanálisis fue publicado por editorial Tres Haches: *La transferencia negativa*, Jacques-Alain Miller, Buenos Aires, 2000.

² página 78.

algo de la transferencia negativa. La sospecha, en tanto anticipación insistente de un saber no demostrable, se manifiesta cuando uno no está seguro, cuando hay algo que se anticipa como negativo. De este modo, al dejar un margen abierto, podemos inscribirla entre saber y creencia, como “una creencia sustentada en la desconfianza”. Desde este punto de vista, “la desconfianza que surge en la transferencia negativa, si bien parece arruinar los fundamentos mismos de la experiencia”, tiene en común con la confianza, la anticipación. La sospecha como modalidad epistémica implica una verificación, no solamente sobre lo que hay sino, también, sobre la misma sospecha. Se observará en particular, indica Jacques-Alain Miller, el uso que de ello hace Lacan al plantear que la transferencia negativa es el drama inaugural de la experiencia analítica. Esta no es sino una forma de decir –aclara–, que apenas se establece la relación analítica el analista se torna sospechoso. A modo de ejemplo, en la psicosis esto se despliega de manera evidente, “en consonancia con lo que observaba Freud sobre la dificultad de la transferencia en el tratamiento de los sujetos psicóticos. En este sentido *la paranoia* presenta el estado más desarrollado de la transferencia negativa, porque no solamente el Otro comienza por ser sospechoso sino que el sujeto concluye con la certeza de que el Otro tiene malas intenciones con él”, avanzando en el sentido de una intencionalidad, una voluntad de goce, como testimonia Schreber, que puede culminar en un delirio de persecución³.

En cuanto a la neurosis, pone como ejemplo un motivo de consulta que es muy frecuente, la llamada *falta de autoestima*. Podemos situar esta falta “en una zona de evaluación que el sujeto hace de sí mismo, de sus capacidades, de su ser, en relación a un ideal que le sirve de medida”⁴. A partir de esa evaluación, el sujeto va a análisis, puede decirse, por ese estar en menos, en falta. “Si captamos la transferencia negativa a partir de la sospecha”, teniendo en cuenta lo que establece Lacan cuando dice que es del receptor del mensaje, en forma invertida, de donde el mensaje proviene, “podemos tomar esta sospecha, así como toda la serie de manifestaciones hostiles que se definen como transferencia negativa, como una respuesta al mensaje de desvalorización que viene del Otro”. En este punto considero interesante articular dos referencias de “La dirección de la cura y los principios de su poder”. La primera, cuando Lacan señala que toda interpretación de un analista es recibida como proveniente de la persona que la transferencia supone que es. La segunda, cuando plantea que el analista paga con su persona porque diga lo que diga se presta como soporte a los fenómenos transferenciales. En ambos casos lo que Lacan va a indicar es que hay que aprovecharse de ese error que *atribuye ser* al analista puesto que, precisamente, “la carencia de ser del sujeto es el corazón de la experiencia analítica, es el campo donde se despliega la pasión del neurótico”. Es esta atribución o, en palabras de Germán García, esta imputación con la que el sujeto concluye sobre el Otro, interpretándolo, lo que permitirá *situar la estructura de la transferencia negativa*. El sujeto entra en la experiencia analítica ubicándose en

³ página 19.

⁴ página 19

menos, en falta, por el contrario el analista entra en la experiencia portando algo. Precisamente, explica Jacques-Alain Miller, la transferencia negativa se sustenta en este nivel en el cual el analista se presenta como objeto agalmático. En estos términos –señala– transferencia significa que el Otro tiene algo que interesa y por eso se despiertan sentimientos: de amor, envidia, odio. En este sentido, tanto la confianza como la desconfianza no impedirían su establecimiento, en ambos casos se espera algo. Vemos introducirse entonces *una disimetría* según la cual podemos pensar que el odio es más verdadero que el amor, pues este último engaña sobre la naturaleza del objeto, mientras que el primero, en su búsqueda del ser, deja de lado las apariencias. El odio como desuposición de saber puede ser una pasión lúcida, pudiendo constituir una dimensión creativa. De esta manera se sitúa, no solamente como primario, con respecto al amor, sino, a la vez, como más certero, objetivante, porque no está entrampado en el narcisismo. Hay que agregar aquí –subraya Miller– que en la obra de Lacan se sucederán los desarrollos a través de los cuales el amor es definido como una estrategia por la cual el sujeto, al declararse en falta, aspira a obtener una confesión. En este sentido en el amor no estarían solo los fenómenos de repetición sino de demanda.

En consecuencia, a partir de lo dicho, no podemos circunscribir el problema de la transferencia negativa a los fenómenos que conciernen exclusivamente a la vertiente de la hostilidad, la agresividad y el odio⁵. “¿En función de qué se mide la cualidad positiva de la transferencia? Para Freud la transferencia positiva es la que juega a favor del desciframiento del inconsciente”. Remito aquí a los trabajos sobre técnica analítica, 1911-1915, donde explica de qué manera la transferencia erótica, en la medida en que obstaculiza la cura, es *una forma de transferencia negativa*. De este modo, bajo esta rúbrica podemos encontrar fenómenos que se vinculan a lo pulsional en el sentido erógeno del término. Planteándose una temática interesante: la relación de la transferencia negativa con la alienación y la separación⁶. Conviene entonces distinguir entre una vertiente del afecto y la vertiente de la relación al inconsciente. Esta doble vertiente de la transferencia articula dos aspectos. Por un lado, pensada a partir del sujeto supuesto saber, fundada sobre una articulación de saber, la estructura simbólica; por otro, la transferencia erótica, como búsqueda de una certeza fuera del significante, recupera lo libidinal. Podemos decir entonces que la transferencia negativa, de acuerdo a cómo se opere con ella, en su desciframiento, puede ser obstáculo, motor de interrupciones, detenciones en el trabajo, o ruptura del vínculo analítico, pero también puede convertirse en motor de una cura.

A continuación voy a ubicar el tema en tres escritos de Jacques Lacan: 1948, “La agresividad en psicoanálisis”; 1951, “Intervención sobre la transferencia”; 1953, “Variantes de la cura tipo”. Estos trabajos tienen en común, entre otras cosas, el hecho de referirse a la técnica activa y la

⁵ Tomo en cuenta aquí los comentarios de Gustavo Dessal, en la página 42 del libro de referencia.

⁶ Tomo aquí las observaciones de Eric Berenguer.

neocatarsis ferenciana; el análisis de las defensas y resistencias en la *Ego Psychology*; la reparación, en el kleinismo como caminos que dan paso a una interpretación de las resistencias en la que el análisis de los mecanismos de defensa tendrá el protagonismo. Conforme a esto, *la interpretación de yo a yo* y los problemas en el análisis de la agresividad irán tomando más importancia, hasta ocupar casi todo el lugar del manejo de la transferencia. Eric Laurent en su curso “Entre transferencia y repetición”⁷, del año '91, explica esta tendencia en términos de una fascinación con la agresividad como brújula de la situación analítica. Llámese *working through*, reforzamiento del yo, o alianza con la parte sana, en casi todos los casos Jacques Lacan va a plantear estos movimientos como intentos de instalar la transferencia en una relación dual. En consecuencia, al buscar un nexo que ligue a analista y analizante, la transferencia se convertirá en la seguridad del analista, que va a plantear, primero, el amor y luego, la interpretación. Es por esta causa, subraya Laurent, que se considera fundamental para el tratamiento el asentimiento de un ego autónomo. La transferencia negativa que se manifiesta abiertamente, o que permanece en forma latente, proporcionará entonces una orientación que ordena los fenómenos de la experiencia analítica. La peculiaridad de este momento, según Jacques-Alain Miller, puede situarse en torno a tres cuestiones. La primera consiste en una pérdida de confianza de los analistas respecto a la palabra del paciente. Razón por la cual, por ejemplo, la observación del comportamiento valdrá más que el discurso del paciente, en desmedro de los elementos significantes y el campo del lenguaje. La segunda, está dada por el hecho de haber dejado de explorar la dimensión de verdad y su mecanismo de retroacción significativa. “El tiempo retroactivo –explica–, es un ejemplo de cómo operar con la verdad, porque no es el hecho en sí lo que cambia” sino las significaciones sobre el hecho⁸. La tercera cuestión está relacionada con el empleo de la sugestión. Sustentada en el saber del analista, lo latente de esta situación será la prepotencia de ese saber ya adquirido, y la insistencia en imponerlo. Debido a esto –señala Miller– Jacques Lacan invertirá la perspectiva diciendo que *la resistencia es del analista*. Baliza el campo donde hay que situarse estableciendo la distinción entre sugestión y transferencia, y combatiendo la idea de buscar la interpretación en los conocimientos ya adquiridos por el analista. A partir de esta lectura establece que es el analista, al ubicarse como un sujeto que realmente sabe, el que resiste la apertura del circuito analítico. Correlativamente, el deseo del analizante se resiste al aplastamiento, a la sugestión. De esta manera, Lacan articula los fenómenos que se producen en la experiencia analítica con la posición del analista, implicándolo en la resistencia al inconsciente.

Esa *presión intencional* –definida por Lacan en estos términos⁹– que se experimenta en la experiencia analítica, podemos “casi medirla en la modulación reivindicadora que sostiene a veces todo el discurso, en sus suspensiones, sus vacilaciones, sus inflexiones y sus lapsus, en las

⁷ Dictado en la Universidad de París VIII y publicado por la colección Serie Impar de editorial Atuel-Anáfora.

⁸ página 37

⁹ página 96 de los *Escritos*

inexactitudes del relato, las irregularidades en la aplicación de la regla, los retrasos en las sesiones, las ausencias calculadas, a menudo en las recriminaciones, los reproches, los temores fantasmáticos, las reacciones emocionales de ira, las demostraciones con finalidad intimidante; mientras que las violencias propiamente dichas son tan raras como lo implican la coyuntura de emergencia que ha llevado al enfermo al médico, y su transformación, aceptada por el primero, en una convención de diálogo”. Me ha resultado muy interesante, por la articulación que propone en este punto, lo que Germán García denomina *figuras de la transferencia* –en un trabajo publicado bajo ese título por editorial Atuel-Anáfora, en su libro *D’escolar*–. En el mismo, García plantea que en “el transcurso de un análisis no sólo aparecen conexiones con *personas* de la historia del analizante, sino que también se forman *figuras (Gestalten)* ordenadas en sucesiones contingentes”¹⁰. La explicación de esta serie, aclara, “no será una ley genética, sino la contingencia de las identificaciones (llamadas dialécticas)”. De esta manera –señala– “Jacques Lacan apunta, nos parece, al problema de la sucesión y del corte necesario a la constitución de esas figuras”. Germán García toma dos fechas, 1948 y 1964, en la primera, teniendo en cuenta la cita que transcribí en el inicio de este párrafo, plantea que encontramos una enumeración donde el doble “más constituyente que constituido –según el estadio del espejo– es descrito en una extraordinaria sucesión de figuras (...), en tanto seriación paralela a la reacción agresiva”. En 1964 la descripción encuentra una explicación: “Mediante esta forma separada de sí, el ser entra en juego en sus efectos de vida y de muerte, y podemos decir que, debido a la ayuda de este doble del otro o de sí mismo, se realiza la conjunción de la que procede la renovación de los seres en la reproducción”.¹¹

NOTAS:

1. En “La agresividad en psicoanálisis”, un “Informe sobre el empleo de la noción de agresividad en clínica y terapéutica”, Jacques Lacan comienza explicando que la significación enigmática que Sigmund Freud promovió como instinto de muerte, está en el corazón de la noción de agresividad. “La agresividad se manifiesta en una experiencia que es subjetiva por su constitución misma”. En este sentido, la abstención del analista a responder en plan de consejo o proyecto y ofrecer un personaje despojado de características individuales, tiene como función evitar una emboscada “que oculta ya esa llamada, marcada por el patetismo eterno de la fe, que el enfermo nos dirige. (...) Lo que aparece aquí como reivindicación orgullosa del sufrimiento mostrará su rostro –y a veces en un momento bastante decisivo para entrar en esa *reacción terapéutica negativa* que

¹⁰ página 171

¹¹ página 114 del *Seminario 11*

retuvo la atención de Freud— bajo la forma de esa resistencia del amor propio¹². De este modo Jacques Lacan designa, en el yo, un núcleo opaco a la reflexión, “que, de la complacencia a la mala fe, estructura en el sujeto humano lo vivido pasional”. Puede afirmar esta agresividad, precisa Jacques-Alain Miller, porque el yo “se constituye en una tensión entre la atracción a su propia imagen especular, que a la vez le es ajena, y una tensión agresiva”. De esta manera, el estadio del espejo, en tanto encrucijada estructural, “tiene el interés de manifestar el dinamismo afectivo”, de un modo de identificación, narcisista, que determina la estructura formal del yo. Así, al introducir la pulsión de muerte, se ubica en la base de la forma que cristalizará en la tensión conflictual interna del sujeto. Para situar el problema, plantea Jacques-Alain Miller¹³, Lacan diferencia, primeramente, agresión de agresividad. Luego, ubica un sentido agresivo al que llamará intención. Esta intención agresiva, explica, no es una agresión como hecho, tampoco el contenido de las palabras, sino “el deseo presente en las palabras, el deseo en tanto que deseo de muerte, deseo de dañar”. Reubica así la agresividad del lado del discurso y al hacerlo plantea, como problema para el analista no obstaculizar esa intención inaugural donde se manifiesta la insistencia del deseo¹⁴.

2. En la tercera tesis, retomo mi comentario sobre “La agresividad en psicoanálisis”, al referirse a cómo los resortes de agresividad deciden las razones que motivan la técnica del análisis, Lacan señala que la asociación libre, en tanto regla propuesta al paciente “le deja adelantarse en una *intencionalidad ciega* a todo otro fin que su liberación de un mal o de una ignorancia de la que no conoce ni siquiera los límites”. Explica el fenómeno diciendo que “representa en el paciente la transferencia imaginaria sobre nuestra persona de una de las *imagos* más o menos arcaicas que, por un efecto de subducción simbólica, degrada, deriva o inhibe el ciclo de tal conducta que, por un accidente de represión, ha excluido del control del yo tal función y tal segmento corporal, que por una acción de identificación ha dado su forma a tal instancia de la personalidad¹⁵. Hay que suponer ahí, señala Jacques-Alain Miller en su exposición, que esa imago reprimida, que en el inicio del análisis imanta al analista, “lo ha sido porque portaba algo que despertaba la agresión del sujeto. De lo cual se podría deducir que la agresión es la represión fundamental del inconsciente. (...) Cuando el sujeto no puede soportar algo esencial, lo reprime (...) Y en el momento en que se inicia la experiencia analítica se reabren estas heridas y se reactualizan las imagos amenazantes que a partir de entonces se colocan sobre el analista”. Ahora bien ¿cuál sería entonces la posición que conviene? “El punto esencial no está del lado del yo precisamente, sino de lo que Lacan llama un orden de subjetividad” indica Eric Laurent en su curso del año ‘91. En este sentido algo que interesa resaltar de estos trabajos, me refiero fundamentalmente a “Intervención sobre la transferencia” y “Variantes de la cura tipo”, es el énfasis en “definir en términos de pura dialéctica la transferencia, (...) así como la operación del analista que la interpreta”. En otras palabras, Lacan

¹² página 99

¹³ página 55

¹⁴ Parafraseo el comentario de Mercedes de Francisco.

¹⁵ página 100

subraya –explica Laurent–, que la interpretación genera transferencia. A partir de ubicar las sucesivas rectificaciones subjetivas en el caso Dora, expuesto en una serie de inversiones dialécticas que denomina desarrollos de verdad, Lacan indica que desde el comienzo Freud interpreta y es precisamente debido a esto que instala la transferencia. Conjuntamente, plantea que la interpretación es dialéctica, parte de los decires del sujeto para regresar a ellos. Por último, advierte que se trata de la interpretación como manifestación del saber del inconsciente, o la presencia del sujeto, no del saber del analista. Estos señalamientos son lo que Lacan propone, en estos trabajos, para salir de una concepción dual, recíproca, que –destaca Laurent– ha llegado a gobernar la relación analítica. Años después, en “La dirección de la cura ...”¹⁶, dirá que en el manejo de la transferencia es donde hay que buscar el secreto del análisis, señalando, simultáneamente, que el manejo de la transferencia es inseparable de la noción que se tenga de ella. En cuanto a la transferencia negativa, en el año 51, ésta sitúa una detención de lo que Lacan describe como una experiencia dialéctica. Allí donde será necesario interpretar para volver a lanzar el proceso, ubica la aparición, “en un momento de estancamiento de la dialéctica analítica, de los modos permanentes según los cuales –el sujeto–, constituye sus objetos”¹⁷. La transferencia indica, en este movimiento, los momentos de errancia y de orientación del analista. En este sentido explicita que no remite “a ninguna propiedad misteriosa de la afectividad, e incluso cuando se delata bajo un aspecto de emoción, éste no toma su sentido sino en función del momento dialéctico en que se produce”. Previamente, Lacan va a señalar a propósito del caso Dora, que es la primera vez que Freud “da el concepto del obstáculo contra el que ha venido a estrellarse el análisis bajo el término de *transferencia*. Esto por sí solo da cuando menos su valor de vuelta a las fuentes al examen que emprendemos de las relaciones dialécticas que constituyeron el momento del fracaso”.

3. En “Variantes de la cura tipo” Lacan revisa los usos de la interpretación y observa que al considerar que el yo es el sujeto objetivado lo que queda marcado “de descrédito en la técnica por el término mismo de *material* es el conjunto de los fenómenos en los que habíamos aprendido hasta entonces a encontrar el secreto del síntoma, dominio inmenso anexado por genio de Freud al conocimiento del hombre y que merecería el título propio de *semántica psicoanalítica*: sueños, actos fallidos, lapsus del discurso, desórdenes de la rememoración, caprichos de la asociación mental, etc.”. Es esta orientación de descrédito en la técnica la que está en el origen de la preocupación acerca de si se ha analizado, o no, lo bastante bien la agresividad. Justamente, subraya, esta estrategia deja de lado la razón de un discurso, transformando la interpretación en una sugestión insistente. Nuevamente, señala que la agresividad en la transferencia y en la resistencia responde al desgarramiento del sujeto contra sí. Es esa naturaleza imaginaria del yo, el punto focal donde el sujeto tiende a concentrar su discurso. Partiendo, pues, de ese hecho, Lacan

¹⁶ En 1958

¹⁷ página 214

observa como lo hiciera en “La agresividad en psicoanálisis”, que la condición de la regla fundamental y la ausencia de respuesta por parte del analista, provocan “*la agresividad, incluso el odio, de la transferencia negativa*”¹⁸. Esto asignará su sentido a la afirmación: “lo que se responde es menos importante que el lugar desde donde se responde”. La indicación que sugiere al analista para no dejarse atrapar en los espejismos narcisistas apunta a incluir la presencia de un tercer término: el instinto de muerte, que condiciona los prestigios del narcisismo.

¹⁸ página 334